

patriarca de las rentas de que quedaba privado, y continuó en procurar, como siempre habian hecho sus predecesores, ventajas espirituales y temporales á aquellos pueblos fieles y dóciles.

79. Resonaba de nuevo en Europa el estruendo de las armas, que tuvieron por esta vez un éxito desgraciado para los intereses de la Iglesia. Las especulaciones políticas del gabinete imperial fueron la única causa que promovió esta lucha contra los turcos, apesar del tratado de Passarowitz, segun el cual debian durar aun seis años mas las treguas entre el Emperador y la Puerta otomana. Habian logrado los egércitos rusos grandes ventajas contra los turcos: el mariscal Lasey con la toma de la fortaleza de Azof, y el mariscal Munich con una terrible invasion en la Crimea, habian hecho formidable á los tártaros y turcos el nombre de su Emperatriz Ana Ivanowna, con quien tenia Carlos VI una liga ofensiva y defensiva. Ajustada la paz con los rusos, solicitaba el Gran-Señor la restitution de Azof, y el Emperador creyó deber intervenir para sostener á su aliada; mas no haciendo la Puerta ningun caso de la mediación imperial, dejó Carlos el carácter de mediador, y se declaró abiertamente contra el imperio otomano enviando á Constantinopla al baron Talman para intimar la guerra al Gran-Señor. Nombró al mismo tiempo generalísimo de los egércitos imperiales á su yerno Francisco, duque de Lorena, y comandante en gefe al mariscal conde de Seckendorf. Negoció asimismo con el Papa y obtuvo una bula con la facultad de imponer por espacio de cinco años sobre los bienes eclesiásticos la

contribucion en clase de subsidio de un millon y seiscientos mil florines anuales; á lo que cooperó tambien por su parte Clemente XII, remitiendo á Viena en socorro de las armas cristianas ciento cincuenta mil escudos del erario de la Iglesia.

Hechos todos los preparativos, abrióse la campaña con los auspicios mas felices, que comenzaron por la rendicion de Nisa. Pero al cabo de tres meses vióse obligado el general Doxat á restituir aquella plaza á los turcos, que entonaron ya desde entonces la victoria por todas partes. El Príncipe de Hildeburgausen, enviado á atacar la capital de la Bosnia, perdió su egército y solo pudo salvarse con la fuga: el general Kevenuller que habia logrado formar el bloqueo de Vidin, vióse obligado á abandonarle precipitadamente; en una palabra, orgullosos los turcos con tantas victorias, desalojaron á los imperiales de muchos puntos de Bosnia y de Servia, y los arrojaron entramente de los principados de Moldavia y Valaquia. La única proeza que hizo el mariscal Seckendorf fue la toma de Usitza, plaza no muy importante de la Bosnia; y á consecuencia fue llamado á Viena á dar cuenta de su conducta. Ocupó entonces su lugar el mariscal Filippi, pero no se pudo conseguir mudasen de aspecto los acontecimientos de la guerra.

80. Tantos y tan continuados triunfos escitaron en los musulmanes la confianza y deseo de reducir al último extremo al Emperador. El diyan siguiendo el consejo del pérfido conde Boneval, juzgó que no podia dar golpe mas funesto á Carlos que protegiendo al Príncipe Ragotzki, y declarándolo Soberano de Transilvania y

de Hungría, aprovechándose para ello del gran número de descontentos de aquellas provincias que abrazarian voluntariamente la ocasion de sustraerse del dominio de la casa de Austria. Habia hecho ya aquel Príncipe en 1737 una escursion por la parte de Vidin, esparciendo desde allí diferentes manifestos para sublevar la nobleza de Transilvania á su favor. Regresado á Rodosto, lugar poco distante de Constantinopla, donde solia morar su difunto padre el Príncipe Francisco, dió audiencia á un agá, que fue á invitarle en nombre de la Puerta á que pasase con toda su familia á la capital del imperio otomano. Aceptó el Príncipe la propuesta, partió inmediatamente, y habiendo llegado á Constantinopla fue introducido en el serrallo con la mayor distincion, y se destinó para su habitacion un palacio inmediato al puerto magnificamente amueblado por orden del Gran-Señor, quien destinó al Príncipe diferentes regalos con muchas y considerables sumas de dinero, asignando asimismo grandes pensiones á los señores húngaros y transilvanos que se declararon á favor del Príncipe.

El embajador de Francia en Constantinopla, marqués Villeneuve, habiendo penetrado los designios del divan y la trama que éste urdia con el Príncipe Ragotzki contra el Emperador, hizo los últimos esfuerzos para trastornarla, alegando entre otras cosas que semejante proyecto seria el mas grande obstáculo á la conclusion de la paz por la que tanto ansiaba su Magestad Cristianísima. Empero toda negociacion fue inútil. Llevóse adelante el proyecto, y se formó un tratado cuyos principales

artículos se reducian á que Ragotzki seria reconocido Soberano libre é independiente de Hungría y Transilvania; que gozaria en plena posesion todas las plazas de aquellos paises, aunque hubiesen pertenecido hasta entonces á la Puerta; que los cristianos súbditos de Ragotzki podrian practicar libremente su religion en los estados del imperio otomano, y que la eleccion de los sucesores del nuevo Soberano se haria conforme á las leyes del país sin ninguna dependencia de la Puerta, pero con la condicion de que en caso de guerra contra el Sultan, deberia Ragotzki auxiliarle con todas sus fuerzas. En consecuencia de este tratado hizo el Gran-Señor al Príncipe todos los honores imaginables, y toda su córte comenzó á darle el título de Alteza Real. Quiso á mas el Sultan honrarle con una audiencia la mas solemne y grandiosa de cuantas se habian celebrado hasta entonces en Constantinopla, despues de la cual se prepararon á expensas de la Puerta los equipages del Príncipe suministrándole grandes sumas, con cuya liberal dispensacion pudiese apoyar el edicto que mandó esparcir el Sultan en Hungría y Transilvania para atraer á su partido á los pueblos de aquellas provincias. „Hacemos saber á todos, decia este edicto, y á cada uno de los valientes soldados, como tambien á los habitantes de Hungría y Transilvania, que el poderosísimo é invencible Emperador de los turcos, en fuerza de sus derechos sobre aquellas dos provincias, ha resuelto valerse de todo su poder para procurar la soberania de ellas al legítimo hijo del difunto Príncipe Ragotzki: por lo que todo el que quiera contribuir á este fin, podrá dirigirse al baja comandante de

Vidin, quien dará á cada uno cuarenta escudos y lo llenará además de toda suerte de beneficios.

81. Examináronse entretanto en el gabinete imperial las cartas sediciosas de Ragotzki, y se determinó que publicase el Emperador é intimase á todos sus egércitos y á las provincias de Hungría y Transilvania un decreto contra aquel rebelde. Publicóse en efecto el proyectado decreto, en el que, despues de mencionar los pasos de Ragotzki, su rebelión contra su Soberano natural, su liga con los infieles y su usurpado título, y de declararle en consecuencia reo de lesa magestad, rebelde, traidor y enemigo de la pátria, se pronunció la sentencia de su proscripcion, y se asignó el premio de diez mil florines á quien lo consignase vivo, y de seis mil al que presentase su cabeza ó probase realmente haberle muerto. Llegaron algunas copias de este edicto á manos del mismo Ragotzki, quien habiendo comenzado ya á obrar como Soberano, opuso al decreto imperial otro semejante, prometiendo diez mil ducados á quien le entregase vivo ó muerto al gran duque de Toscana, yerno del Emperador. La córte de Viena dió otro paso contra su enemigo. Escribió al conde de Harrach, embajador en Roma, que procurase obtener de su Santidad la sentencia de escomunion contra Ragotzki; y en efecto Clemente XII pronunció la terrible censura escomulgándolo solemnemente, porque contra todo derecho divino y humano habia tomado las armas contra el César, favorecido á los infieles y hecho alianza con el gran turco. Esta escomunion fue remitida á Viena por el ministro imperial, y publicada por los prelados de órden del

Emperador en las iglesias de Hungría y Transilvania.

82. Hallábase al frente de las tropas imperiales el sábio y valeroso conde de Koningsegh, á quien nada faltaba mas que la fortuna para igualar en mérito y gloria á los mayores capitanes. Mas parecia estar decidido que Carlos VI, al aproximarse al fin de su vida, debia experimentar toda la inestabilidad de las prosperidades y grandezas humanas. Prosiguiendo los turcos la rápida carrera de sus victorias, se apoderaron de Usitza, en cuya conquista habia sacrificado el conde Seckendorf su reputacion. Ambas Orsovas, antigua y nueva, Meadia y otras muchas plazas se vieron obligadas á recibir la ley del vencedor: parecia que los egércitos de Mahmout, hácia la metad del siglo diez y ocho, habian heredado el espíritu guerrero de los Selimes, Solimanes y Amurates. Nada habia omitido Carlos VI para juntar un egército capaz de recobrar la gloria perdida en los años anteriores, y de reprimir á los orgullosos otomanos que se reian de toda propuesta de páz. El mariscal de Wallis, nombrado últimamente comandante en gefe de esta desgraciada campaña, hallábase con el grueso de su egército á cuatro leguas de Belgrado, donde supo que un cuerpo de turcos habia ido á situarse en la ventajosa posicion de Crotska, tres leguas distante de su campamento. Sin detenerse un momento y haciendo abrazar su propio parecer al consejo de guerra, tomó la resolucion de asaltar al enemigo y arrojarle de aquella situacion antes que se atrincherase; resolucion que antes y despues de tomada no fue otro que un conjunto de errores y un semillero de desgracias. Sin haber tomado precaucion alguna, sin

saber si era solo un destacamento ó todo el egército con su gran visir el cuerpo que se hallaba en Crotska , sin esperar al general Neuperg , á quien habia ordenado pasar el Danubio para que se le reuniese con su division de cerca de quince mil hombres , y sin atender mas que á su temerario arrojo , atacó bruscamente al enemigo que se hallaba bien pertrechado y con fuerzas iguales; y para colmo del error se obstinó el imprudente mariscal en repetir los ataques , á pesar de haber sido batido desde el primero. Sufrió en censecuencia una completa derrota , y cuando llegó el general Neuperg con su division no pudo ya hacer cambiar la suerte de la batalla. La noche separó á los combatientes , y puso fin al horrible destrozo. El egército imperial perdió el campo de batalla y quedó tan estenuado y confuso , que al dia siguiente repasó el Danubio , dejando á Belgrado espuesta á los horrores del sitio que emprendieron inmediatamente los turcos. Vióse entonces cuanto influye el genio y fortuna de un general en el éxito de una lucha: el Príncipe Eugenio delante de Belgrado , teniendo por enemiga á esta fuerte ciudad y dos egércitos formidables apoyados en ella , supo reportar la mas cumplida victoria y conquistar la ciudad: el mariscal Wallis , teniendo á la misma plaza en su poder , con una fuerte guarnicion de reserva , sin mas que un egército que combatir , quiso acometer imprudentemente y vino á perder la ciudad , sus tropas y su propia reputacion , llegando hasta el extremo de clamar en medio del destrozo: *¿no habrá una bala para mí (1)?*

(1) *Murator. Annal. ital. ann. 1739.*

83. Antes que llegasen las cosas á este extremo , habia sido arrebatado por una muerte prematura el Príncipe Ragotzki hallándose en Braila. Sospechóse entonces que habia sido envenenado por su médico , quien fue arrestado por órden de la Puerta , y hubiera sin duda acabado su vida con un suplicio ignominioso si no hubiese logrado fugarse de la prision. Esta muerte contribuyó no poco á terminar la guerra tan funesta al Austria , ya por parte de la misma córte imperial que veia desvanecidas para siempre las pretensiones molestas de aquel Príncipe , ya tambien por parte del divan á quien faltaba este fundamento para eternizar su ódio contra la casa de Austria. Los turcos , pues , acabada la derrota de Wallis , estrecharon el sitio de Belgrado bombardeándola de dia y de noche ; pero el marqués de Villeneuve , que en el campamento del gran visir no cesaba de procurar la páz entre la Puerta y el Emperador á nombre de la Francia , escribió al conde de Neuperg que seria muy útil que se presentase en el campo turco , y le envió los correspondientes pasaportés. Partió en efecto Neuperg , y al cabo de quince dias concluyó la páz cediendo á los turcos á Orsova , la Valaquia imperial , toda la Servia y Belgrado. No es de nuestra inspeccion describir todas las consecuencias de esta páz inesperada : basta decir que el pueblo de Viena se enfureció contra el mariscal Wallis y el conde Neuperg , no menos por este tratado que por sus anteriores desgracias : que el ministerio imperial quedó tan disgustado de ambos generales , que espidió inmediatamente órden á Hungría para que fuesen arrestados ; y les formó su proceso ; y la córte publicó un

manifiesto esponiendo todas sus desobediencias y su mala conducta.

84. Dificil es ver á un hombre mudar de carácter, por mas que se muden las circunstancias que le rodean. El cardenal Alberoni, nacido para grandes empresas, enemigo del reposo é inclinado siempre por su carácter á mandar á los hombres, es una prueba irrefragable de esta verdad. Hallándose legado de Bolonia en una edad ya muy avanzada, creyó hacer un gran servicio á la santa Sede aumentando sus dominios, y se dedicó con toda la viveza de su juventud á llevar á cabo su empresa. A diez millas de Rímimi, en el centro de los estados pontificios, está situada sobre la cumbre de un monte la pequeña ciudad llamada San Marino, que gozando de una entera libertad é independencia, se gobernaba ya mucho tiempo como república absoluta, eligiendo cada seis meses de entre sus mismos ciudadanos un gefe y algunos oficiales para la pública administracion. Toda su jurisdiccion consistia en la ciudad y en seis castillos ó aldeas dependientes de ella. Habia estado en el principio de su independencia bajo la proteccion de los duques de Urbino; pero estinguida esta familia se puso la república bajo la proteccion del Papa, y desde entonces comenzó una parte del pueblo á quejarse y suplicar al Sumo Pontífice que los librase de la opresion de su propio gobierno. Mas no habiendo producido sus quejas y súplicas el efecto deseado, recurrieron finalmente al cardenal Alberoni, esperando obtener por su medio aquella gracia. Representó en efecto el cardenal, apoyó la solicitud de los sanmarinenses, é insistió tan vivamente al Papa, que

logró por último que se le remitiesen las instrucciones y poderes para autorizar el acto de sumision y de reunion de la república á la santa Sede. El cardenal Firrao, secretario de estado, añadió al breve que contenia las instrucciones y poderes una larga carta en que instruia circunstanciadamente á Alberoni acerca de las intenciones del Santo Padre, quien no queria en manera alguna consentir en aquella reunion si no se le demostraba que la pedian y descaban espontáneamente la mayor y mas sana parte de la república. Luego que Alberoni recibió el breve pontificio y la carta del cardenal secretario, pasó á Serravalle, una de las aldeas de San Marino, cuyo párroco, noticioso de la llegada del cardenal, reunió una gran parte del pueblo que principió á gritar lleno de alegría: *viva el Pontífice*; de modo que Alberoni tomó inmediatamente posesion del castillo á nombre de su Santidad. Trasladóse desde allí al arrabal de San Marino, donde fue recibido con iguales demostraciones de alegría; pero el gobernador de la república hizo cerrar las puertas de la ciudad y nególe al principio la entrada, aunque temiendo despues irritar al pueblo y al legado tuvo que abrirle las puertas. Al entrar Alberoni en la ciudad, fue recibido solamente por una turba del pueblo que gritaba sin cesar: *viva el Pontífice*. Presentáronsele despues dos diputados encargados de cumplimentarle de orden del gobierno, y de preguntarle el motivo de su venida, á quienes contestó que á su tiempo declararia sus intenciones. Esta respuesta no fue muy satisfactoria: el gefe de la república mandó al saberla que se reuniese el cuerpo de los ciudadanos, los que determinaron

reforzar las guardias del palacio y de la fortaleza de la Roca, tomando estas precauciones con mayor empeño desde que supieron que la casa del cardenal estaba llena de los malcontentos del país y custodiada por doscientos soldados que habia hecho pasar allí desde Rímini. Reunidos por la noche los malcontentos con la gente del legado, amenazaron incendiar la ciudad si no se le entregaban inmediatamente al cardenal las llaves de ella y las de la fortaleza, de suerte que atemorizado el gobierno presentó á la mañana siguiente dichas llaves al cardenal, quien puso nuevo presidio en el castillo y en los sitios mas principales de la ciudad, atemorizando de tal manera á los ciudadanos, que muchos huyeron á sus casas de campo temiendo ser encarcelados como lo fueron en efecto algunos que se atrevieron á censurar la conducta de Alberoni. Entretanto el pueblo de Serravalle, visto que habia sido engañado por su propio párroco, se sublevó con la idea de revocar la sumision que prestaron al legado, protestando que querian permanecer unidos á la república de San Marino. Lo mismo hicieron las otras cinco aldeas, enviando á decir al cardenal que si el Pontífice queria someterles á la fuerza, cederian porque no se hallaban en estado de resistir, pero que jamás se someterian voluntariamente.

85. Mostróse indignado el cardenal contra el proceder de aquellos pueblos, quejándose de que despues de haber procurado con tantas súplicas la sujecion inmediata á la santa Sede, la rehusaran ahora abiertamente. Juzgó sin embargo no serle decoroso abandonar la empresa hallándose por otra parte seguro y con todo el

poder necesario para sugetarlos con la fuerza y con el terror. Mandó, pues, crear en la ciudad un nuevo magistrado compuesto de tres personas elegidas por él mismo, y reclamó la presencia de los que habian huido, amenazándoles con la confiscacion de sus bienes y con el saqueo de sus casas. No pudieron resistirse los ciudadanos y habitantes de San Marino á estas amenazas, y prometieron cumplir todo lo que les ordenase el legado, quien señaló en consecuencia el dia 25 de Octubre de 1739 para recibir solemnemente el juramento de fidelidad de todos los órdenes del estado. Pasó, pues, en la mañana de aquel dia á la iglesia principal de San Marino, donde celebró el obispo de la ciudad una misa solemne con la asistencia de cuasi todos los cabezas de familia. Despues del evangelio propuso el cardenal á los gefes y oficiales de la república prestar el juramento de fidelidad á la santa Sede; y aquí comenzó una escena terrible y mortificante para el carácter del legado. El primero entre los gefes juró fidelidad y homenaje al Sumo Pontífice, pero los demás ó lo rehusaron, ó se espresaban de un modo que manifestaba bastantemente su indiferencia; y este egemplo de los primeros ciudadanos arrastró tras de sí á otros muchos que hicieron resonar al momento por toda la iglesia la voz de: *viva San Marino*. Desconcertado entonces Alberoni por un acontecimiento que no habia previsto, ordena á los soldados que custodiaban las puertas que no dejasen salir á nadie; interrumpióse el augusto misterio del altar; el temor se apodera de todos los circunstantes; principia el cardenal un discurso con tal énfasis, que conmovidos y atónitos